

pisos y están blanqueadas. Su aspecto recuerda las antiguas habitaciones que se conservan entre nosotros del tiempo de los moros. Las calles son bastante anchas para una ciudad en que los carruajes son enteramente desconocidos.

El rey de Bambara reside en Segó-Sec-Kono, y emplea gran número de esclavos en el transporte de los habitantes de un lado á otro del río. El salario que recibe es una especie de impuesto que le suministra una cantidad considerable.

Las canoas de que se sirven en Segó, son de una construcción muy particular. Dos árboles se hallan unidos no lado con lado, sino extremo con extremo: de modo que la juntura se encuentra precisamente en el punto de reunión de estos dos troncos huecos, resultando así que estas embarcaciones tienen una longitud extraordinaria, al paso que una anchura muy poco considerable.

Al llegar á este paso encontramos una multitud compacta que aguardaba el momento de hacerse trasladar á la orilla. Todos me miraban silenciosos, y observé con inquietud en el número de curiosos á muchos moros. Se embarcaban en tres sitios diferentes; los barqueros eran activos y diligentes, pero la multitud era tal, que nos fué menester esperar llegara el turno; yo me senté á la orilla.

El aspecto de esta gran ciudad; las numerosas embarcaciones que cubrían el río; aquella población activa; aquellas tierras cultivadas que se extienden á lo lejos, me ofrecían un cuadro de opulencia y de civilización, el cual no esperaba ver en el centro de Africa.

Esperé mas de dos horas á que me llegara el turno: durante este tiempo el rey Mansoug advirtió que un blanco esperaba ocasion de pasar para llegar á visitarle. Envióme al punto uno de sus primeros esclavos, quien me dijo que no podia el rey recibirme hasta que supiera qué asuntos me traían al país; además, añadía que no debía pasar el río sin permiso del rey. En su virtud, me aconsejó ir á buscar en una aldea lejana que me señaló, un alojamiento para la noche, y me dijo que á la mañana siguiente me traería nuevas instrucciones. Esto era para mí un contratiempo hácia el cual no veía remedio. Me dirigí á la aldea, donde nadie quiso recibirme; el terror y la sorpresa estaban retratados en todos los semblantes. Permanecí, pues, todo el día sin comer, y sentado tristemente bajo de un árbol; y para colmo de desventura se presentaba muy mal la noche, pues amenazaba diluviar. En este canton abundan tanto los animales feroces, que hubiera tenido necesidad de encaramarme á un árbol, y por consiguiente dormir poco, si la Providencia no hubiera venido en mi auxilio. Una negra que venia del trabajo se detuvo delante de mí, y observando que estaba abatido y fatigado, trató de informarse de mi posición, la cual le expliqué en breves palabras. Tomó entonces mi silla y mi brida, y despues con ademán compasivo me invitó á seguirla. Me condujo á su cabaña, encendió una luz, estendió en el suelo una alfombra y me dijo que allí debía esperar. Salí, y regresó con un magnífico pescado que hizo medio cocer y que me ofre-

ció por alimento. Se volvió en seguida hácia sus compañeros, que desde mi llegada no habian cesado de considerarme, y les dije prosiguieran su tarea, que consistía en hilar algodón, en lo cual se ocuparon gran parte de la noche. Para distraer las horas de esta velada se pusieron á cantar, y una de sus canciones la improvisaron para mí, ó á lo menos era yo el objeto. Una de las mugeres comenzaba, y las demas la acompañaban á manera de coro, cantando de este modo, segun sus palabras traducidas literalmente: *Los vientos braman y la lluvia cae. El pobre hombre blanco, débil y fatigado, viene á sentarse bajo nuestro árbol. Carece de madre que le traiga leche y de muger para molar su grano: compadecemos al hombre blanco que carece de madre, &c., &c.* Estos pormenores parecerán tal vez de poca importancia para el lector, pero en la situación en que me encontraba me movieron mucho! Al día siguiente regalé á mi generosa patrona dos de los cuatro botones que me quedaban en mi vestido, única cosa que podia ofrecerla.

Permanecí todo el día siguiente en la aldea, durante el cual recibí un mensaje del rey, el que me enteraba de que no me admitía en su presencia; pero me remitía de paso cinco mil kauris, conchitas que hacen oficio de monedas en el país: esto era para que pudiese continuar mi camino y comprar los víveres que me fueran menester.

Las dificultades del terreno y los ladrones que infestaban aquellos sitios, estorbaron que pudiera seguir el curso del río hácia Oriente, segun mis instrucciones, y tuve que volver hácia el Oeste, despues de recoger los pormenores siguientes:

A dos jornadas cortas de Silla está la ciudad de Jénné, situada sobre una isleta de corta estension; dos mas allá forma el río un lago considerable llamado *Dibia* (ó Lago oscuro). El río se subdivide en dos grandes brazos que se reúnen en Kabra, á una jornada de marcha al Sur de Tembuctu. A once jornadas, por bajo de Kabra, pasa el río por el Sur de Husa á dos jornadas de ella. En cuanto á la dirección del río, mas allá de este punto, se ignora absolutamente; porque las gentes á quienes asuntos de comercio guían hasta allí, pasan rara vez de Tembuctu y Husa; y como el amor á la ganancia es su único móvil, se cuidan poco del curso del río y de la geografía de los lugares que recorren. Probablemente el Níger suministrará comunicación segura y fácil á pueblos muy distantes unos de otros. Todos convienen en que suben por él hasta Tembuctu y Husa, negros mercaderes que hablan distinto idioma que los de Bambara; pero estos mismos ignoran dónde termina su curso, que segun su creencia se pierde en el confin del mundo.

Uno de los sucesos mas inesperados, dice Mungo-Park, fué el hallazgo de mi pobre caballo, que me ví precisado á abandonar en los bosques, estenuado de hambre y de cansancio. Hablaba con el duty de Modibu, y me condolia de los tratamientos de su desleal hermano, cuando oí relinchar un caballo en una choza inmediata; el duty me preguntó si sabia con quién hablaba, explicándome como ha-

bían hallado mi caballo, y que bien cuidado y mantenido podia prestarme nuevos servicios.

El 25 de Agosto me puse en camino acompañado de dos pastores, que como yo, iban del lado de Sibidulo. El terreno era áspero, y por lo tanto caminaba despacio, llevando de la brida á mi caballo. Hácia las once de la noche sentí rumor de gente y un grito como de una persona que se halla á presencia de un gran peligro. Me dirigí al lugar donde se alzaba aquel rumor, y al cabo de algunos momentos divisé á uno de los pastores echado en el suelo, y al acercarme me dijo al oído que una cuadrilla de hombres armados se habia apoderado de su compañero, y que á él le habian alcanzado dos flechas al tiempo de huir. Cuando quise aperebirme me ví rodeado de siete hombres que me apuntaban con sus mosquetes; no pudiendo escapar, me decidí ir á su encuentro, fingiendo tomarlos por cazadores de elefantes. Para entablar conversacion, les pregunté si habia sido feliz su expedicion, y por toda respuesta uno de ellos me mandó apearse del caballo; en seguida, despues de algunos momentos de reflexión, me ordenaron continuar mi camino, y cuando me congratulaba de que me dieran libertad tan generosamente, observé con gran admiración que me seguían; al cabo de poco rato me mandaron volver. Me dijeron que el rey de los fulas les habia encargado conducirme á su presencia; y fiel á mis pacientes costumbres, no titubeé en seguirlos: al cabo de un cuarto de milla exclamó uno de ellos en lengua mandinga, al llegar á un sitio umbrío. Aquí estamos bien, y en el mismo momento me despojó del sombrero; yo les supliqué que me le restituyesen; la copa del sombrero contenía mis apuntes de viaje; sin embargo, me despojaron de todo, menos de dos camisas, un pantalon y el sombrero. Cuando se alejaron me hallé en una posición poco grata: estaba en un desierto inmenso, en la estación lluviosa y en un país poblado de animales feroces y de hombres no menos salvajes. Por último, me hallaba á quinientas leguas del establecimiento mas cercano.

Sin embargo, no era ocasion de lamentarse; yo lo conocí así y enderecé resignadamente por mi camino; poco despues llegué á una aldea, donde me reuní con los dos pastores, que se sorprendieron al verme; porque dudaban que los fulas se contentaran con robarme tan solamente. Me quejé al mansah ó gefe de la provincia, de las circunstancias del asalto que habia sufrido, y me contestó lleno de indignación: "Tranquilízate, que todo os será devuelto, lo he jurado." En seguida, dirigiéndose hácia un criado, dijo: "Dad de beber al hombre blanco, y al rayar el día os dirigireis á las montañas y direis al duty de Bammaku que un pobre blanco, el extranjero del rey de Bambara, ha sido robado por las gentes del rey de Fuladu."

Me dirigí á esperar el efecto de esta orden á una ciudad llamada Vuda, donde permanecí nueve días atacado de fiebre. El 10 de Diciembre llegaron á Sibidulo dos personas que me restituyeron el caballo y mis vestidos; pero la brújula de bolsillo estaba rota, y esta era una pérdida irreparable para mí.

Mi caballo no me fué por mucho tiempo de gran utilidad; la desgracia perseguía á este pobre animal, que mientras pastaba á orillas de un pozo se hundió la tierra bajo sus piés, cayendo á una gran profundidad. Sin embargo, con auxilio de las gentes del país conseguimos sacarlo, pero en tan mal estado, que por ello y su gran estenuación juzgué no podia serme por mucho tiempo de gran utilidad. Deseando confiarle á alguno que cuidase de él se le regalé á mi patron, suplicando remitiese la silla y la brida al mansah de Sibidulo, como único modo con que podia mostrar mi agradecimiento por la justicia que acababa de hacerme.

El 8 de Setiembre me despedí de mi generoso patron, y en prueba de cariño me dió su lanza y su saco de cuero, que me fué muy útil para guardar mis efectos. Convertidas mis botas en sandalias caminaba con mucha mas facilidad.

Despues de atravesar algunas ciudades, llegué á Manzia; el mansah de esta ciudad pasaba por poco hospitalario; pero sin embargo, me hizo servir de comer, aunque en cambio me dijo le diera algo de lo que llevaba. Aunque le aseguré que nada tenia que poder ofrecerle, no me creyó; se apoderó de mi lanza, y me condujo á su chozo donde debía pasar la noche.

Al día siguiente un habitante que me habia manifestado alguna benevolencia, fué á casa del mansah para recoger mi lanza, aconsejándome despues que abandonase aquel lugar lo mas pronto que me fuese posible.

A mi llegada á Kamalia me llevaron á casa de un buschream llamado Karfa-Taura, que se ocupaba en reunir una cuadrilla de esclavos que se proponia vender á los europeos en Gambia. Pasaba por erudito, y cuando supo que era inglés, manifestó mucho contento, y hasta me dió á leer un libro de oraciones escrito en inglés. Propúsome, y aún me aconsejó le acompañase, encargándose de mi manutención hasta tanto que llegáramos á Gambia, donde le daria en pago lo que quisiera. Le pregunté si le bastaria el valor de un esclavo, y despues de una respuesta afirmativa mandó prepararme una choza y que me trajeran víveres.

Llegó por fin el día tan deseado de nuestra partida, que fué el 19 de Abril; despojaron á los esclavos de los hierros, y cada uno tomó la carga que le asignaron.

La caravana se componia de setenta y tres personas, y durante una media milla nos vino acompañando casi la totalidad de la población de Kamalia para despedirnos. Despues de permanecer tres días en Kenytakuro, ciudad considerable, entramos el 23 de Abril en el desierto de Jallonka. El camino era penosísimo y temí no poder seguir la caravana; pero me consolé el considerar que casi todos estaban tan abatidos como yo.

Hácia las once nos detuvimos á descansar cerca de un arroyuelo, y una pobre negra que el día anterior habia quedado aspeada se negó obstinadamente á caminar. Hubo necesidad de recurrir á los golpes, merced á los cuales se incorporó bruscamente, y marchó vigorosamente durante cuatro ó cinco ho-

ras seguidas. Por último, maltratada é imposibilitada para dar un paso, fué preciso conducirla en una especie de litera, improvisada sobre la marcha.

Como no habíamos comido desde la víspera mas que un poco de harina, y caminábamos todo el día con un sol abrasador, se cansaron mucho algunos esclavos, pero habiéndoles descargado algun tanto, cobraron ánimo de nuevo. En cuanto á la pobre negra, sus miembros estaban tan rígidos y doloridos, que no podia ni aún tenerse en pié: se la colocó sobre una acémila, pero esta era tan indócil que rehusó marchar con aquella nueva carga. Entonces de toda la caravana se alzó un grito general de: *Kang-tegi! Kang-tegi!* (¡degollarla!) y no queriendo ser testigo de aquella escena, apresuré el paso. No había andado una milla, cuando ví venir un esclavo que traía en su arco el vestido de la pobre Nealea. Su amo la dejó abandonada.

En Manna, ciudad murada que atravesamos el 28 de abril, nos acompañó el gefe con muchas de sus gentes hasta la orilla del río Negro, brazo principal del Senegal, donde pasamos sobre un puente de bambúes de muy singular construcción. El río en este sitio es bastante ancho; dos árboles corpulentos enlazados por la copa vienen á juntarse en el centro del río; y están guarnecidos de bambúes colocados á lo largo y á través, constituyendo en conjunto un puente suspendido, que comunica con las orillas del río por medio de planos muy inclinados. Los habitantes de Manna que sostienen este singular pasaje, exigen de los viajeros una módica retribución.

Poco apartados de las orillas de Gambia en Macotta recogimos pormenores bastante singulares acerca de una guerra suscitada entre Almani Abdul-Kader, rey de Futa-Taura, y Damel, rey de los jannofs, á propósito de motivos religiosos. El primero envió al segundo un embajador, que le habló en estos términos: "Con este cuchillo, dijo, mostrándole uno, no desdenará Abdul-Kader rasar la cabeza de Damel si Damel quiere abrazar la fé de Mahoma, y con este, mostrándole otro, Abdul-Kader cortará la cabeza de Damel si Damel rehúsa: que escoja." El rey de los jannofs contestó que no quería rasarse la cabeza ni que se la cortasen: en su consecuencia Abdul-Kader penetró en el reino de Damel al frente de un poderoso ejército, pero fué derrotado y hecho prisionero. Damel le habló en estos términos: "Si yo hubiera caído en vuestras manos, ¿cómo me hubierais tratado?—Os atravesara el corazón con mi lanza, replicó Abdul-Kader: sé la suerte que me aguarda.—Mi lanza se ha teñido en la pelea con sangre de vuestros súbditos, repuso Damel; ahora podría á mi placer enrojecerla de nuevo con la vuestra; pero esto no reconstruiría mis ciudades ni volvería la vida á los hombres que han perecido: os retengo como mi esclavo." Al cabo de tres meses Damel envió al rey de Futa-Taura á sus estados. ¿Nuestros héroes de Europa serian mas grandes que el generoso Damel?

Nos adelantábamos hácia el término de nuestro viaje; al pasar por Baniserila dejamos á uno de nuestros sateas natural de aquel lugar. Este hom-

bre nos invitó á ir á su casa: sus amigos le acogieron con grandes demostraciones de alegría.

El 12 de Junio á cosa de medio día abrazaba al doctor Laidley en Pisania, el cual me recibió con tanta alegría y sorpresa, que no parecia sino que había resucitado de entre los muertos. Los efectos que le había dejado no habían sido ni vendidos ni enviados á Inglaterra, por lo que me apresuré á tomar el traje inglés y á arreglar mi barba.

Karfa reparó con mucho gusto mis nuevos vestidos; pero deploró que me hubiese cortado la barba, cuya pérdida, decia, me quitaba la figura de hombre para darme la de un niño.

El doctor Laidley tomó á su cargo satisfacer los empeños pecuniarios que había contraído desde mi partida de Gambia, y sobre todo los que me ligaban á Karfa.

Hacia dos meses que no había llegado á Gambia ningun barco europeo, y como hubiese comenzado la estación de las lluvias, rogué á Karfa volviese hácia sus gentes que había dejado atrás por acompañarme hasta Pisania. Con mucho sentimiento me abandonó el 14; pero como yo no tratase de abandonar á Africa antes de fin de año, le dije que esperaba volver á verle antes de mi partida. En esto me engañé: el 15 el Charlestown, barco americano, entró en el río, lo que me permitió poco tiempo después pasar á América, de donde me hice á la vela para Inglaterra.

#### NOTA ACERCA DE LA MUERTE DE MUNGO-PARK.

Mungo-Park se había casado de vuelta de su primer viaje y vivía hacia algunos años con su familia, cuando el conde de Buckingham la escribió invitándole que pasara á Londres, donde le informaron de la intención del gobierno, acerca de confiarle la dirección de una expedición que debían penetrar en el interior de Africa. Mungo-Park aceptó; pero algunos cambios de política demoraron el viaje; se le dió á entender lo conveniente que sería que se ocupase del estudio de instrumentos artrómicos y de la lengua árabe, lo que practicó en seguida con un celo digno de los mayores elogios.

Durante el año 1804 hizo Mungo-Park conocimiento con Walter Scott, que pasaba entonces la estación de verano con su familia en las cercanías de la granja de Fowlshiel que habitaba Mungo-Park. Sus paseos los conducían muchas veces á orillas del Yarrow; Walter Scott encontró muchas veces á su nuevo amigo, meditando sobre su futura empresa.

La órden de partida llegó al gobierno de las colonias á últimos de Setiembre de 1804, y se decidió que la expedición se compondría de Mungo-Park, que recibió el nombramiento de capitán de Africa; de su cuñado Mr. Anderson, que fué nombrado teniente; de Mr. Scott, empleado como dibujante, y de algunos carpinteros y otros obreros. La instrucción ministerial daba además á Mungo-Park, facultades para llevar consigo hasta cuarenta y cinco hombres

de la guarnición de Gorea, y de tomar del tesoro real hasta la suma de cinco mil libras esterlinas.

La expedición partió de Inglaterra el 30 de Enero de 1805, y entró el 8 de Marzo en el puerto de Cayá, islas del Cabo Verde, después de una travesía peligrosa.

Poco tiempo después las gentes de la expedición se hallaban reunidas en Kay, pequeña ciudad situada sobre Gambia, un poco mas abajo de Pisania: allí se reunió á la caravana un marabú mandinga llamado Isaac, que mas tarde había de librarse con tanta sangre fría como destreza de los dientes de un cocodrilo, y hombre habituado á largas escursiones en el interior (1).

En su última carta escrita á Mr. Eduardo Kooke subsecretario de estado del departamento de las colonias, se observa que Mungo-Park tenia confianza en el éxito de su empresa, aunque su situación era ya á propósito para darle inquietud del porvenir. La estación de las lluvias, que debía sorprenderle durante el viaje, y el mal estado de la gente que debía acompañarle, eran motivos bastantes á hacerle diferir por algun tiempo la realización de sus proyectos; pero tuvo la debilidad de temer la censura del gobierno, y abandonó á Pisania el 9 de Abril de 1805.

El 9 de Agosto de 1805 que llegó á Bammalsu, á orillas del Níger, no le quedaban mas que once hombres: habiendo ocasiones en que toda la caravana, escepto una persona, estuviera enferma. Mr. Anderson y el teniente Martyn, estaban enfermos, y Mr. Scott se había visto obligado á quedar razagado en Kul-Kuli, donde murió antes de ver el Joliba.

Obtenido permiso del rey de Segá para ir á Sansandig, se proveyó Mungo-Park en esta ciudad de dos malas canoas que construyó él mismo de una sola, y de tres soldados que sobrevivieron á sus camaradas.

La muerte de Mr. Anderson produjo gran sentimiento. El 6 de Noviembre dió de mano su relación, escribiendo á su suegro, á sir José Bank, y á su muger: estas cartas muestran toda la estension de su cariño, poniéndolas con su diario en manos de Issac.

Tales fueron las últimas noticias auténticas recibidas del célebre viajero.

La desgraciada catástrofe que terminó sus días, es tanto mas deplorable, cuanto que si son exactos los indicios recogidos, había conseguido bajar el Joliba hasta mas allá de Tembuctu, y pereció en este río, bien á causa de naufragio ó á mano airada. Segun noticias, llegaron á la ciudad de Yauri, en el reino de Yaur, donde compraron provisiones; el rey, segun parece, les invitó á guardar su mensaje, pero llenos de pavor por su respuesta, se embarcaron á toda prisa, y bajaron por el río hasta Bosa ó Bousa. Allí su embarcación se estrelló contra una roca, y perecieron todos en las olas. Segun otros, hay motivos para creer que perseguidos tal vez por la

venganza de rey de Yauri, Mungo-Park y los suyos, debieron ser atacados por natifs, situados en emboscada sobre alguna roca.

Los cristianos lanzados al río, se ahogarian arrastrados por la rapidez de la corriente. Esta relación hecha por un testigo desinteresado, conviene con la de la narración mas detallada hecha á Issac por Amadi Fatuma, negro al servicio de Mungo-Park, en el momento de la catástrofe que termina su vida.

#### VII.

#### VIAGES, ESCLAVITUD Y SALVACION DE BEN SALOMON, PRINCIPE DE BUNDA (1).

La interesante historia que vamos á referir, viene como de molde hoy que tanto se agita en los países civilizados la cuestión del tráfico de negros.

En 1734 había en Londres un negro llamado Jobben Salomon, á quien sus desgracias habían conducido allí. Había nacido en la ciudad de Bunda, país de los jolofes (2), en Africa. Su abuelo Hibráhema, Ibrahim ó Abraham, era el fundador de Bunda, en tiempo del reinado de Abubeker, entonces rey de Foota. Abubeker le concedió la propiedad y gobernanación de esta ciudad, con el título de alfa ó gran sacerdote, y el poder de crear leyes para este nuevo establecimiento. Una de las principales, declarar libres de esclavitud á todos los que vinieran á buscar un asilo. Este privilegio, que no concernia mas que á los mahometanos, contribuyó mucho á poblar la ciudad de Ibrahim. Después de su muerte, las dignidades de gran sacerdote y príncipe, que eran hereditarias en su familia, pasaron al padre de Job. Muerto por esta misma época el rey Abubeker, tuvo por sucesor al príncipe Jelazi, su hermano, que encontrándose ya padre de un hijo, le confió á los cuidados de Salomon, padre de Job, para hacerle aprender el alcoran y el árabe. Job fué por esta causa el camarada y discípulo del joven príncipe. Jelazi vivió poco, le sucedió su hijo que reinaba aún en 1735. Job no había aún cumplido quince años, y asistía ya á su padre en calidad de iman ó sub-sacerdote. Casó al mismo tiempo con la hija del alfa de Tembuctu, que tenía á la sazón once años. A los trece le dió un hijo, á quien pusieron de nombre Abdalla, y dos mas en seguida que recibieron los nombres de Ibrahim y de Sansbo. Dos años antes de su cautiverio, tomó una segunda muger, hija del alfa de Tomga, de la que tuvo una hija llamada Fátima. Sus dos mugeres y cuatro niños disfrutaban de la mejor salud cuando partieron de Bunda.

En el mes de Febrero de 1730, sabiendo el padre de Job que había llegado á Gambia ó Gambia (3)

(1) Extracto de las *Aventuras de los viajeros*, por P. Blanchard.

(2) O. Yollofes.

(3) Las diversas maneras de escribir los viajeros los nombres de un mismo lugar, respecto de Africa sobre todo, producen una confusión verdadera en el estudio de la geografía, inconveniente que es preciso salvar al leer las relaciones de los viajeros.